

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 558-561.

## Guido Castillo (1922)

Podría abreviarse una caracterización de Castillo diciendo que es el cuarto y último, por año de nacimiento, del ya largamente explicado Grupo "Asir", que es una de las personalidades de más sustancial atractivo de su generación y que su labor crítica y ensayística — nunca recogida en libro — vale por una especie de incansable enunciación de la poesía y su valor supremo.

Con todo, sería poco equitativo no ceñirle con una precisión mayor.

Recargado de deberes y trabajos pero siempre dispuesto a postergarlos en torno a la mesa y al diálogo, vivaz, permanentemente fatigado pero sacando de su cansancio fuerzas para un animoso, gozoso, encandilado vivir, Castillo Meirelles, salteño de origen y montevideano por necesidad, se enderezó, tras unos años de bohemia juvenil, hacia la senda habitual del profesorado, de filosofía en su caso, literatura y lenguas muertas. Paralelamente se fue prodigando en artículos, innumerables conferencias y colaboraciones relativamente regulares en ASIR, en EL REMOVEDOR, del Taller Torres García (del que fue fervoroso e intransigente teórico y polemista), en ENTREGAS DE LA LICORNE, cuya secretaría ejerció, en EL PAÍS y otras hojas. Su pensamiento discontinuo, proclive al repentismo, ha buscado reiteradamente la forma aforística, que condensó en series: "Bueyes perdidos", de 1951 y "Pájaros dispersos", de 1962, con cambio de títulos que traducen, sin duda, un promisorio (aunque todavía invisible) fenómeno de levitación.

En todo lo que Castillo ha escrito hay una disposición muy específica para la paradoja (**un escritor es serio cuando juega; la poesía es útil porque no sirve para nada** son dos entre mil ejemplos); para el juego de palabras y el descoyuntamiento etimológico a la manera unamuniana ("**encantador**" es **estar-en-el-canto**, es un caso); para las antítesis violentas (del tipo de **cielo-tierra, vida- muerte, sueño-vigilia, ilusión-realidad, claridad-misterio, cuna-sepultura, razón-cordura** u otras).

La cuarta parte de tales reiteraciones sería bastante para filiar a Castillo dentro de la corriente estilístico-ideológica del barroco conceptista — quevediano, gracianesco — al que sin duda accedió a través de la fervorosa, discipular amistad con José Bergamín, a todas luces la más decisiva influencia de su formación. En tal modalidad, y aún en todo un hispanismo trascendental, parece firme, cómodo, natural, el interesante espíritu de Castillo.

Es claro que los procedimientos, los trucos expresivos que un barroco

literario importa no son (y no lo son en Castillo) un mero juego o, por mejor hablar (y hacerlo en su lenguaje) es claro que ese juego es trabajo serio, empeño por iluminar, desde ángulos de ataque inesperados, el misterio de las cosas, el permanente milagro de la vida. Es una manera en la que cada objeto, en pureza, va haciéndose el contrario, en la que cada apariencia, caleidoscópicamente, escamotea su sustancia y cada sustancia se hace apariencia nueva y, así, interminablemente.

Junto a la poderosa de Bergamín, habría aún que mencionar en Castillo la impronta de Pablo Luís Landsberg y la más general de los clásicos españoles, materias de sus agudas interpretaciones y glosas, frecuentemente afinadas hasta una delgadez tan provocativa como riesgosa. En esta zona son especialmente relevantes sus interpretaciones del “Quijote”, que ha amagado durante años recoger en volumen sin que hasta hoy lo haya hecho.

Bastante desdeñoso de la actualidad y parecido en esto a Visca y a Bordoli, Castillo acentúa más todavía que el último, el primordial y concentrado interés por los grandes textos clásicos universales y, en particular, por aquellos (ya sean en verso o en prosa) en los que la Poesía que idoliza esplende sin rebozo. Y si, como se observaba inicialmente, la loa de la poesía es su obsesión (también lo fue la de Susana Soca, lo es la de Esther Cáceres y Ricardo Paseyro) es explicable que casi siempre sus juicios y sus comentarios giren en torno a una pauta esencialmente fija. El enunciar, definir la poesía e identificar el texto atendido con ella es la porción positiva: la negativa explayará el repudiar todo lo que (realidad y realismo, razón y racionalismo) se considere que atenta contra su entidad. Porque para Castillo, al modo de Croce, toda literatura es poesía o no es – antipoéticamente – nada y cualquier poesía (auténtica, claro está) creación libérrima, alumbramiento en la alegría, sumo órgano de visión, luz de la vida, locura razonable, misterio claro, ilusión realísima, veracísimo fantasma.

Tal concepción le ha conducido, con toda lógica, a métodos de indagación acentuadamente intuitivos y “operocéntricos” y a un correlativo desdén por todo abordaje de tipo biografista o psicológico, historicista o social, genérico o estilístico, enfoques que por lo general, y hasta sarcásticamente, desdeña.

Aun cabría decir que el espiritualismo antiintelectual de grupo de ASIR se hace en él, si bien se observa, intuicionismo netamente irracionalista y un peculiar “emotivismo” de abolengo español. No es inoperante esta proclividad, sin duda, para franquearle el acceso a una efectiva vivencia de lo sobrenatural, misterioso y milagroso del mundo; una vivencia que tanto nutre su ideal de poesía como una religiosidad que vive con libertad y desgarramiento de cristiano de nuestro tiempo.

Todo se imbrica en Castillo con un sistema axiológico y un talento vital

de tipo (ya se adelantó) hedónico-estético y en el cual, al modo kierkegardiano, ética y religión corren por cuerda separada y la moral dinámica y autonomista de sello protestante se mira con específico desapego. Sin embargo, Castillo (como ya se adelantaba también) no ha desdeñado, al punto que otros de sus compañeros de núcleo, participar en las definiciones políticas y sociales de su generación.

En el texto seleccionado de Castillo (donde se suprimen dos largas citas de Eduardo Spranger y de Carlos Bonnes) se puede advertir transparentemente la ya tan aludida tendencia a situar los problemas en un “más allá” de lo histórico y lo social, en el reino de las designadas “cuestiones eternas” de la vida y la muerte, salvación, contemplación, sentido de la experiencia. Todas ellas se acepta que se encarnen en el hombre positivamente “condicionadas”, pero se rechaza todo reductivismo que las convierta en puro, servicial epifenómeno.

Tal tesitura resulta en Castillo inseparable de una aguda percepción (que este texto también ilustra) para todo lo que hace la grandeza del hombre y la afirma en cualquier, e imaginable, contexto social. Igualmente puede rastrearse en él una difusa hostilidad a lo genéricamente “moderno” y al prestigio de la novedad; en forma más concreta se hace patente el rechazo (o por lo menos ciertas consecuencias humanas, morales) del “robinsonismo” histórico de la técnica y el inocultable apego que Castillo siente por los ritmos naturales del crecimiento respecto a los puramente mecánicos de la fabricación. Se evidencia todavía, de manera semejante, la importancia que para el escritor posee un gran patrimonio de sapiencia, esa Tradición que es médula de toda cultura mayor. No se ve, en cambio, ninguna inclinación a endiosarla y más bien, sí, la convicción de que se la defiende y acrece en planos de salvación y de experiencia, dos valores cuyo posible conflicto, dentro de su campo ideológico-emocional, el autor no parece haber vivido todavía.